



HISTORIA Y LEYENDAS DE SANTA FE DE BOGOTÁ

Haciendas de "veraneo"

Chapinero (III)

ALBERTO FARIAS MENDOZA

Como ya sabemos de dónde surgió nuestro barrio, ahora localicémoslo, para saber de qué estamos hablando. La historia nos cuenta de la *Hacienda del Chapinero*, que se iniciaba por el norte, en el Resguardo de Usaquén, extendiéndose hacia el sur hasta el río del Arzobispo, hoy Parque Nacional; y por el Oriente desde las faldas de los Cerros, hasta llegar a las lagunas de Suba, por el Occidente. Para quienes conocen la Santafé de Bogotá de fin de este siglo, estarán de acuerdo en que se trataba de una heredad que cubría cerca de la mitad de la ciudad.

Este inmenso territorio con el tiempo se dividió en grandes haciendas, cuyos nombres se repiten hoy en los más "elegantes" barrios de la ciudad. El primer nombre de propietario, con Escritura Pública, que encontramos, es el de don José Antonio Sánchez, quien en 1807 le compró la propiedad a los Dominicos. Pero desde mucho antes, desde los días de la Conquista y la Fundación, nos tropezamos con capitanes como don Juan Muñoz, quien había compartido con Pizarro las aventuras de la Conquista del Perú y más tarde llegó a Santafé con Belalcázar o un don Pedro Colmenares, capitán de don Gonzalo, y años después alcalde de la ciudad, quienes habían solicitado "que les hicieran la merced de concederles" un solar amplio en donde construir vivienda, para cultivar sementeras y criar animales.

Encontramos, en primer término, la hacienda de Teusaquillo, nombre tan lleno de historia desde los días de los Muisca; una cuadras más adelante nos hallamos en La Magdalena, con vieja casona colonial de barro y techo de paja en donde, cuentan las viejas historias, que se hospedó Pedro Claver cuando vino a Santafé y en donde años después funcionó el aristocrático colegio del Sagrado Corazón, en donde se educaron tantas "fosas de la jai" de Bogotá. Al oriente, La merced, propiedad que heredó un O'Leary, descendiente del héroe de la Independencia, y al occidente las fincas Palermo y El Campin, hoy sede del estadio deportivo tan concurrido por los bogotanos; en los

cerros de Chapinero, La Gruta, propiedad en donde más tarde funcionaría el parque Calderón Tejada, con lago y barquetas, carrusel y rueda gigante. En lo que hoy llamamos la avenida de Chile, estaba Mireya, bella quinta que habitaba la familia de don Esteban Jaramillo.

Y otras menores en extensión como Los Pinos, El Bosque, en donde encontramos El Lago, otro bello y tradicional parque de atracciones. Y así continuaríamos por el Camino de Tunja, hacia el norte, vamos a meternos en los potreros del Chicó, de Santa Ana, de Santa Bárbara, inmensas extensiones de tierras arborizadas por sus dueños.

Tiempos mejores

Ya en pleno siglo XX, el legendario don José María Sierra, arriero antioqueño, inteligente y emprendedor negociante, que llegó a ser el hombre más rico de su época, adquirió en compra varias de estas fincas y cuando algún orejón sabanero, sabio conocedor de la bondad de las tierras, le preguntó, sorprendido, por qué compraba esas haciendas que eran tan estériles, en medio de la riqueza de la Sabana, don Pepe, taimado y astuto respondió: "no, mi amigo, yo lo que estoy comprando son lotes sobre la carrera 7ª". Con tan grande visión del futuro, nadie se extrañará de que el señor Sierra haya legado tan inmensa fortuna, que ha enriquecido a varias generaciones de sus sucesores.

En esas históricas haciendas se construían inmensas casonas, en las cuales se reunían las familias a "veranear" durante las vacaciones de los niños y en especial en la Noche Buena, para compartir y celebrar, con pólvora, globos y grandes hogueras, las fiestas del nacimiento del Niño. Y, después, hacia la media noche, entre cantos y música de tiple, bandola y guitarra, acompañados con chucho y panderetas, se bailaban alegres pasillos y bambucos con las niñas de la casa. Luego, a cenar con ajíaco, tamal y buñuelos en almíbar; para concluir la alegre noche poniéndole a los niños sobre su camita, los juguetes "que les había traído el Niño Dios".

Eran tiempos mejores. Llenos de amor, de cariño, de cultura y de tradiciones.